

Capítulo XX.

Un lazo.

—Caonabo, —dijo el ferroz guerrero, —la ocasion es propicia.

—¿Qué me quieres decir?

—Los enemigos duermen á muy corta distancia de la poblacion; yo me he acercado cautelosamente á ellos, y he podido convencerme; sólo uno de ellos cuida de los caballos. ¿Qué mejor ocasion para atravesarlos con nuestras flechas?

—¿Qué dices, Umatex? —exclamó Caonabo, mirando con asombro al indómito indio.

—Son nuestros enemigos. Uno de ellos, su jefe, despues de asesinar á nuestros hermanos, nos obligó á defendernos y nos venció en la lucha. La hora de la venganza ha sonado. Dáme la orden, y antes que

luzca el nuevo dia habrán expiado sus crímenes y seremos dueños de esos mónstruos que traen, que tanto vapor infunden á los de nuestra raza.

—Sólo el ódio que sientes puede aconsejarte semejante infamia.

—¿Acaso dudas?

—Sí, no es propio de valientes luchar con los débiles; ellos eran muy pocos cuando nos derrotaron, obligándonos á levantar el sitio de la fortaleza. Hoy han venido á ofrecermela paz. Su caudillo es objeto de toda mi admiracion. ¡Ay de tí, ay del que intente hacerle el menor daño!

—Si tú no destruyes á los extranjeros, te destruirán.

—¿Por ventura temes, con el crecido número de soldados de que podemos disponer, á un puñado de hombres?

—No temo su fuerza, temo su astucia.

—Basta; retírate y está pronto mañana á encontrarte á mi lado cuando los reciba. Quiero que goces como yo al mirar frente á frente á ese guerrero.

Al dia siguiente formó en grupos sus tropas, se adornó con sus mejores galas, y precedido de una guardia de honor, compuesta de ciguayos, salió al pórtico de su rústico palacio para aguardar la llegada de los españoles.

Alonso de Ojeda, al frente de los diez ginetes, llegó hasta la presencia de Caonabo, y apeándose con ligereza, movimiento que imitaron los suyos, entregó las bridas de su caballo á uno de sus soldados y se

adelantó con marcial continente hácia el cacique.

El indio, que ya conocia bastante el castellano, le sirvió de intérprete.

—Rey del Cibao, soberano del más rico y más próspero estado de Haití, á tí me envía el almirante en los reyes de España para ofrecerte paz y amistad.

No quiero que la aceptes sin haberle visto antes, sin que por tus propios ojos te convenzas de que no son deseos hostiles los que aquí le han traído, sino el de ofrecerte todos los tesoros del reino de Castilla, para que seais aquí tan felices como allí son los que viven bajo la tutela de tan bondadosos soberanos. Así, pues, como base preliminar de un pacto, te propongo un viaje á la colonia de la Isabela, dejándote en libertad de volver si no quieres ser nuestro amigo.

—Pláceme ver de cerca,—dijo Caonabo,—al guerrero que ha luchado conmigo, defendiendo la fortaleza que habia levantado en la montaña. No deseo la paz, no la quiero; sois mis enemigos y estoy resuelto á combatir con vosotros hasta exterminaros. Pero de todos modos, quiero considerarte como un amigo. Tú vienes á ofrecerme en nombre de los reyes paz y amistad. Yo la rechazo; pero te estimo, y á mi vez te ofrezco mi amistad. Abandona á los tuyos, ven con nosotros: tú mandarás mis mejores tropas, tú serás mi favorito.

—Aceptaré tu pacto con una condicion.

—Habla.

—Ven antes á la Isabela, visita nuestras casas, todos los objetos que hemos traído de lejanos países, y

habla con el almirante. Si despues de escucharle no te convences, si persistes en luchar con nosotros, ofrezco no abandonarte; vendré contigo, y seré lo que quieras.

—Es inútil que vaya á vuestra colonia: la conozco, la he visitado cautelosamente, y no hay en toda ella más que una cosa que me admire.

Encima de la torre de esa gran casa, adonde vais á orar, hay un objeto que habla, un objeto que se mueve y produce sonidos penetrantes. Su voz debe ser una voz del cielo.

—Es la campana de la iglesia. ¿Quieres poseerla?—dijo de pronto Ojeda.

—Sí, haria cualquier sacrificio por que fuera mia.

—Pues ven conmigo. Créeme, fíate en mi palabra, habla á Colon, y él te dará ese objeto tan precioso.

Coanabo se animó.

—Partamos cuando quieras.

Caonabo dió sus órdenes, y dejando á los españoles, fué á ver á Anacaona.

La comunicó la resolucion que habia tomado.

—No partas esposo mio, no partas,—dijo Anacaona.

—He empeñado mi palabra.

—¿Qué vas á hacer?

—No temas: el español es valeroso, es noble: doy fé á sus promesas; él me defenderá de cualquier emboscada.

—Mi corazon me dice que no volveré á verte.

—Aparta de ti esa preocupacion; en breve volveré para guiar á mis soldados á la victoria.

Las súplicas de Anacaona fueron estériles.

Caonabo estaba resuelto á partir con Ojeda.

Al salir de la poblacion vió el valiente caudillo de los españoles el numeroso ejército de Caonabo dispuesto á seguirle.

—Un cacique como yo,—respondió Caonabo,—necesita llevar á todas partes una gran comitiva.

—Cualquiera pensaria,—dijo Ojeda,—que tienes miedo.

—¡Miedo!—dijo Caonabo.

—De lo contrario, ¿para qué te espia tanta gente?

—Yo te demostraré que no tengo miedo.

Y mandando á Umatex que pusiera á su servicio tantos ciguayos como soldados llevaba Ojeda:

—Ya ves que nada temo,—añadió;—partamos ahora.

—Antes,—dijo Ojeda,—quiero ofrecerte un precioso regalo que te traia.

Y le enseñó las esposas de acero.

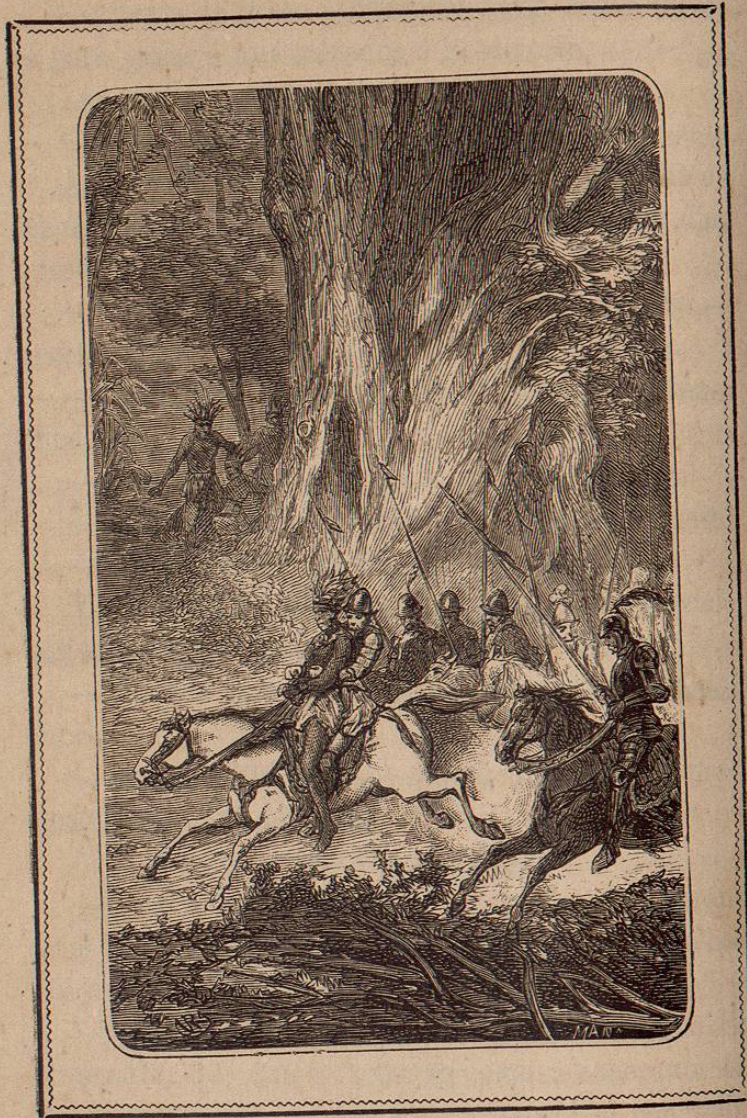
—¿Qué es esto?—preguntó el cacique, admirando el brillo de aquel objeto, que hasta entonces no habia visto.

—Esta es la insignia de los reyes en mi país. El almirante, que quiere tratarte como á soberano, te la ofrece para que puedas presentarte á él con toda la manificencia de un verdadero príncipe.

Continuaron el camino hácia el rio Gegna, y deteniéndose el astuto español,



CRISTÓBAL COLÓN.—El arte en los siglos á ratos de cuando es
reproducido á los indios.



CRISTÓBAL COLON.—Partieron los ginetes á galope dejando estupefactos á los indios.

—Si quieres que te adorne con esta joya, y para no cansarte en el viaje te lleve en mi caballo, lo cual es un honor que en mi país no se dispensa más que á los grandes héroes, estoy dispuesto á hacerte tan señalado favor.

—Sí, si quiero,—dijo Caonabo, gozando ante la perspectiva de montar en uno de aquellos briosos corceles, que tanta admiración le causaban.

El león del desierto se entregaba al tigre disfrazado con piel de oveja.

Ojeda, en medio de la sorpresa y la admiración de los ciguayos, colocó las esposas en las muñecas de Caonabo.

Cuando estuvo ya sujeto, hizo á un soldado que montase en la grupa de su caballo.

Caonabo estaba ébrio de gozo mirando su rudo semblante en el bruñido acero.

Mientras estaba estático en aquella contemplación, obedeciendo una orden de Ojeda, con fuertes correas sujetaron al indio al cuerpo de su capitán para que no pudiera escaparse.

Otro de los soldados, por orden del mismo Ojeda, montó en la grupa de su caballo al indio que le había servido de intérprete.

Los ciguayos observaban todo aquello con asombro y sin saber qué hacer.

Una vez terminado, partieron los ginetes á galope, dejando estupefactos á los indios.

Todos corrian como exhalaciones.

Los indios de las poblaciones que atravesaban

huían despavoridos al ver á Caonabo en alas de los mónstruos que cortaban el viento.

Hallábanse á más de cincuenta leguas de la colonia, y guiados por el indio, á través de desiertos bosques, amedrentando á los indios que hallaban al paso, y sin descansar un momento, sin entregarse al sueño ni al reposo, arrostrando inminentes peligros, llegaron por fin al cabo de cinco dias á la colonia, en donde Ojeda hizo una entrada triunfal con su formidable prisionero.

El almirante, entusiasmado con aquel triunfo, dió gracias al Altísimo, porque creyó que una vez en su poder su más terrible adversario, y contando con la amistad de Guarionex y Guacanajari, podria al fin y al cabo establecer su política conciliadora, realizar sus designios y evitar toda efusion de sangre.

Caonabo comprendió desde el primer momento el lazo que le habian tendido.

Vió que le era imposible romper aquel fatídico adorno conque habian sujetado sus manos.

Comprendió que, aunque hubiera querido herir con sus dientes á Ojeda, le hubiera sido de todo punto imposible, porque el coselete y el casco le hubieran defendido.

En aquella terrible situacion no le quedaba que ejercer más que un valor: el valor de la dignidad.

Propúsose mostrar una gran arrogancia á sus opresores, y sin exhalar una sola queja, sin pronunciar una sola palabra, llegó hasta la colonia, y al pasar por medio de los españoles, que le contemplaban

con admiracion, dirigió en torno suyo miradas de ódio y de desprecio.

—No temas,—le dijo el almirante cuando estuvo en su presencia;—no ha sido nunca mi ánimo hacerte daño alguno; pero tú eres el enemigo más encarnizado que tenia, y he necesitado apoderarme de tí para evitar que me obligues á luchar con tus hermanos y á destruirlos.

Caonabo, mirando con altivez á Colon:

—No temo,—contestó,—pero tampoco quiero tu piedad; soy, en efecto, el más encarnizado enemigo de los de tu raza; yo he incendiado el fuerte de la Navidad y asesinado á sus moradores; yo he despertado en el corazon de todos los indios un ódio inmenso á tí y á todos los tuyos; aunque estoy en tu poder, no lograrás tu deseo, porque no hay uno solo en toda la isla que no derrame gustoso por mí hasta su última gota de sangre. Al saber la traicion de que he sido víctima, armarán sus arcos, empuñarán sus lanzas y correrán como el torrente sobre vosotros para vengar el ultraje que me habeis hecho.

—Si tal sucede, encontrarán su merecido; pero no por eso castigaré en tí, prisionero é indefenso, los excesos que tus hermanos han cometido.

El almirante resolvió enviar á España á Caonabo, y como muy en breve debian salir algunas embarcaciones con el objeto de dar cuenta á los reyes de los asuntos de la colonia, y al mismo tiempo de desmentir las calumnias que formularian contra él los que se habian evadido, dispuso que Caonabo fuera traslada-

do á una de las habitaciones de su palacio, y estuviera encadenado hasta el momento de su partida á España.

Lo primero que hizo el indio al verse aprisionado, fué llamar á Ojeda.

—Yo te perdono,—exclamó al verle,—el lazo que me has tendido, y no guardo rencor alguno. Eres un valiente; al valor reunes la astucia; tu poderoso genio me admira; yo te perdono y soy tu amigo.

Caonabo hablaba con sinceridad.

Ojeda á sus ojos era un sér sobrenatural.

Dos dias despues llegaron noticias á la colonia, y por ellas se supo que los indios, acaudillados por un hermano de Caonabo, se dirigian resueltos á buscar á los europeos para tomar venganza de la prision del cacique.

Por de pronto, lo que más amenazado estaba era el fuerte de Santo Tomás.

Ojeda acudió á defenderle con nuevos refuerzos, mientras el almirante llamaba en torno suyo á Guarionex y á Guacanajari para pedirles que le ayudasen á pacificar la isla, dándoles seguridades de que no peligraba la existencia de Caonabo.

Capitulo XXI.

El valor de la desesperacion.

El presentimiento de Anacaona se habia realizado.

Al ver á los guerreros que regresaban:

—¿Y Caonabo? ¿Y mi esposo?—preguntó á su caudillo.

—Nos ha mandado volver, porque confia en la lealtad de los españoles.

—No abandoneis las armas aún,—exclamó Anacaona;—mi corazon me dice que tendreis que esgri-mirlas bien pronto para vengar á vuestro rey.

Los indios estaban tristes.

Anacaona abandonó su rústico palacio, y al ver á los ciguayos que con Umatex se dirigian á la montaña: